

vés es imposible. Sin embargo, cada tentativa, aunque nos aleje de él, nos acerca a nosotros mismos.

Sergio Anzaldo

*REAGAN-GORBACHOV,
HACIA UNA CUMBRE SIN FIN*

Dos imperios y un destino, Esparta y Atenas, el lucro sin freno y la igualdad, luchan, desde el segundo tercio de la centuria, por el dominio de la humanidad. Ninguno ha vencido, la guerra corre hacia el fin del mundo y en vísperas del holocausto revive la esperanza de paz: Reagan y Gorbachov intentan lo imposible. Cuando el acuerdo era común era el desacuerdo, la única solución la victoria, los líderes magnéticos encubren sus signos, se nos escapa el negativo y se desliza el positivo. ¿Quién ataca y quién defiende? ¿Cómo entender el deseo irracional de dominio del mundo? ¿Será posible acaso que la negociación nuclear resuelva, de una vez y para siempre, la pretensión del poder absoluto? Dos formas de gobierno, dos ideologías que para reinar en sus fronteras sometieron a sus hermanos de tierra a sangre y fuego (1861-65 y 1917) pretenden ahora evitar la contienda.

Hace 150 años, Clausewitz, planteó a la guerra como continuación de la política, y aún no existían refrigeradores. Durante los últimos 41 años, por lo menos, la guerra fría ha dominado la relación política entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Ha sido una larga y muy costosa guerra que, como todas, frías o calientes, sólo terminará con la victoria de algún bando. Sin embargo, en las últimas negociaciones hubo propuestas sin precedentes que, al parecer, con la nueva "guerra de las galaxias" cambian el panorama

de las relaciones mundiales: Estados Unidos se llama a la defensiva y acusa a la URSS de impulsar la ofensiva. En efecto, Reagan le ha dado por nombre a su megalomanía "Iniciativa de Defensa Estratégica" (IDE), como si se tratara de un viraje en la política norteamericana hacia la defensa.

Hace 19 años, en junio de 1967, hubo una reunión similar a la de Reikiavik entre Lyndon Johnson y Alexei N. Kosiguin, en Glassboro, New Jersey. Entonces, como ahora, no se llegó a acuerdo alguno, siendo el trasfondo el mismo pero en versiones opuestas. Como bien señala el *Time*, (No. 42, 20 de octubre de 1986, p. 16) el argumento para frenar la carrera (persecución) nuclear era el mismo que en Reikiavik: ¿tienen los Estados Unidos y la Unión Soviética una obligación moral para erigir defensas antimisiles? o bien, ¿tales sistemas estimulan una nueva y peligrosa carrera armamentista en la cual las defensas de un lado provocarían la proliferación de armas ofensivas del otro?

En 1967 Estados Unidos calificaba como "bueno" a lo ofensivo y como "malo" a lo defensivo. En efecto, Robert S. McNamara, Secretario de Defensa en esa época, intentaba convencer a Kosiguin de que si ambas naciones restringían el desarrollo de su potencial defensivo podrían llegar a limitar sus armas ofensivas; de tal suerte, si alguno deseaba contestar un ataque no tendría la necesidad de incrementar su potencial ofensivo para superar la defensa contraria, logrando así regular la carrera armamentista, con lo que la mutua disuasión estaría garantizada. A pesar de la debilidad del argumento y de que Kosiguin finalizó la discusión con un furioso "Defense is moral; offense is immoral", la lógica estadounidense prevaleció.

Así, aun cuando los soviéticos habían instrumentado un sistema defensivo de misiles antibalísticos, durante la cum-

bre celebrada entre Nixon y Breznev, en 1972, y con las premisas esgrimidas por McNamara, se firman dos convenios sustanciales: un tratado restringiendo, en esencia, las defensas basadas en misiles antibalísticos (Tratado ABM: antiballistic-missile) y otro limitando la ofensiva en el ínterin llamado SALT (Strategic Arms Limitation Talks), sustituido en 1979 por el SALT II, el mismo que Estados Unidos se negó a ratificar.

Resulta evidente, pues, que la magia retórica dio sorprendentes resultados: primero desarrolló la carrera armamentista ofensiva a niveles insospechados y condicionó la guerra en términos favorables a Estados Unidos, logrando con ello una notable superioridad —aunque no suficiente— ante la Unión Soviética; segundo, justificó la guerra nuclear como un medio de “disuasión” mutua que mantendría a las superpotencias en un nivel de negociación (la guerra como medio de negociación política) sin que ninguna pudiera iniciar el primer ataque.

Sin embargo, y ante la sorpresa mundial, Estados Unidos inició en 1983 (transgrediendo el tratado ABM y el espíritu de la “disuasión”) el proyecto llamado Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE o guerra de las galaxias) que, parafraseando una conocida sentencia, se podría resumir: ‘tres palabras dos mentiras’ (¿defensa estratégica?).

Estas dos mentiras fueron finalmente explosivas en la minicumbre de Reikiavik realizada el 11 y 12 de septiembre de 1986. Si aceptamos que frente a Estados Unidos la Unión Soviética ha llevado una política armamentista en sentido mayoritariamente defensivo* (¿Cómo podría ser de otra forma dada la superioridad tecnológica armamentista norteamericana?), ¿cómo explicar que de pronto y sin razón aparente, Estados Unidos se coloque a la defensiva

* Por lo demás, esta hipótesis no puede ser extensiva pues la historia la desmentiría: Checoslovaquia, Polonia, Afganistán.

situando a los soviéticos en la ofensiva? Ahora los primeros enarbolaban como éticamente viable la defensa (“buena”) y los segundos aparecen como portadores de (lo “malo”) la ofensiva al rechazar la Iniciativa de Defensa norteamericana.

A la luz de estas consideraciones —y de la declaración de Gorbachov donde afirma que la administración estadounidense, al pretender la superioridad militar a través de la JDE, llegó a sepultar los acuerdos que ya se habían concertado —faltaba sólo firmarlos—, queda manifiestamente claro que si bien la IDE pudiera ser considerada como un arma defensiva en sí (fuera de su utilización en la coyuntura actual), pues tendría casi la misma función de los misiles antibalísticos soviéticos, en el sentido de servir como “escudo” haría, no obstante, como sostiene Reagan, “obsoletos” los actuales sistemas ofensivos logrando “desarmar” y hacer completamente vulnerable a la Unión Soviética.

La IDE, con la prestidigitación traspolada al verbo reaganiano, se nos presenta como un arma defensiva que, por este arte mágico, obtendría la superioridad cuasi absoluta de los partidarios de la OTAN. Queda también por saber si siendo un arma de tan fino funcionamiento, puesto que lograría destruir misiles en movimiento, podría ser, a su vez, utilizada para destruir objetivos militares precisos, lo cual eliminaría toda duda sobre su carácter ofensivo.

En fin, dos mundos que han intentado por más de cuarenta años excluirse mutuamente, inclusive hacerse desaparecer de la faz de la tierra, pretenden ahora, aparentemente, no matarse. Reikiavik marca un giro acrobático en la retórica norteamericana y en las propuestas de desarme. Por un lado tenemos un Reagan que llega con las “manos vacías” pero con los chistes en la mente: “I had a good suply of jokes, and I’ll have a few new ones for this time” (“Tengo un buen repertorio de chistes y tendré algunos nuevos para esta ocasión”, literalmente cierto); por otro, un Gorbachov dispuesto a negociar su propia fuerza para frenar la guerra

de las galaxias; un Reagan que al recibir la propuesta soviética (reducción del armamento estratégico en un 50 por ciento, liquidación total de los cohetes de alcance intermedio de los dos países en Europa, así como confinar a los laboratorios los experimentos de la IDE en los próximos 10 años) sonrío y reúne a sus asesores durante tres horas a fin de formular una respuesta (o contrapropuesta) para la siguiente ronda ese mismo sábado por la tarde; un Gorbachov con una caja de planteamientos que los norteamericanos no comprendieron —o no quisieron entender— y hasta después de su regreso a Washington aceptaron como una opción para el desarme. A saber si esto es sólo por las próximas elecciones del Senado o signifique un verdadero proceso de desarme.

En fin, independientemente del avance en las negociaciones, queda por resolver si, por un lado, la IDE norteamericana provocará, como se acusaba al desarrollo defensivo soviético, una nueva escalada en las armas ofensivas que permita destruir el “escudo” espacial y, por otro, si estas potencias aceptarán un empate nuclear que les lleve a convivir por el resto de sus días en un mismo mundo, aunque sea dividido. O bien a la inversa, que no acepten la existencia del contrario, que se dé una escalada armamentista ofensiva teniendo como cumbre la mutua destrucción.

Aparte futurismos, debemos tener presente (como nuestros antepasados aztecas) que la humanidad y su hogar no son eternos, que de muerte natural o inducida habremos de llegar al mismo final: Esta es pues la decisión que deberán tomar los nuevos dirigentes: adelantar el final de la existencia con una muerte absurdamente prematura o dejarla morir bajo los designios naturales.

José María Imaz Gispert